LA CASA ROTA

LOS PERSONAJES:
CARMEN (30) es una joven artista venezolana, que emigra a España. Aunque es curiosa y juguetona, vive aislada en el estudio donde pinta sin descanso. Huérfana de padre y madre, sus heridas de infancia siguen abiertas. Por eso le cuesta confiar y relacionarse con los demás... a menos que lo decida, por alguna razón que generalmente oculta.
ADELAIDA (70) española, sin familia, ha tenido una vida cumplidora y gris. Es de las que prefiere quedarse con el lado bueno de las cosas, antes que regodearse en lo malo. Sin embargo, no supera la injusticia de su reciente despido como contable de la empresa textil donde ha trabajado por décadas. Sin perro que le ladre, desempleada y desasistida de cualquier apoyo, ahora puede permitirse el riesgo de una nueva amistad. Lo que no puede es prever las consecuencias.

LA SINOPSIS:
Dos mujeres solas, Adelaida y Carmen, se encuentran, en apariencia por azar. A pesar de no tener mucho en común, logran simpatizar, al punto de comprometerse en un juego, del que solo una madre y su hija, lograrían salir ilesas.

LA CASA ROTA da cuenta de las memorias de infancia, que nos marcan de forma indeleble, generando futuros muy difíciles de adivinar.

La casa que fue y no se olvida, la casa que imaginamos, la casa rota que somos todos.

LA CASA ROTA

por Lupe Gehrenbeck

Home is not a place
for suffering. Be it house, hunt or tent
turn down the volumen of the outside
world and rest. Replenish.
Home is a refuge, the room you return to
and if there's no return, home the dream.
Home a blessed space, a glowing hearth
from which seraphim hold in their hand
offerings of bright orange embers.
Home a space of solace
for the bones in your skin to relax.
Perhaps there'll be space to grow,
where weary minds can bloom.
And the spirit of a room? The spirit
of all rooms are degree of warmth,
and people, and talk; so too the spirit of a home, love.

Roger Robinson

ACTO 1

ESCENA 1

UN ESPACIO ÚNICO. A UN LADO UN CAMASTRO CON SABANAS EN DESORDEN. EN OTRA ESQUINA UNA PRECARIA COCINA ELÉCTRICA, UNA TETERA Y ALGUNOS TRASTOS Y COMIDA IMPERECEDERA. UNA PEQUEÑA NEVERA.
MUCHOS CUADROS RECOSTADOS DE LA PARED, ALGUNOS DE ESPALDAS, SOLO SE VE EL BASTIDOR. OTROS COLGADOS A MEDIO PINTAR. MUCHOS CONTIENEN IMÁGENES DE CASAS.
UNA MESA CON RUEDAS ES LA PALETA, DONDE HAY PINTURAS, PINCELES.
HAY ALGUNAS TORRES DE LIBROS EN EL SUELO. UNA LAPTOP Y MAS LIBROS EN UNA PEQUEÑA MESA CERCA DE LA CAMA. DOS SILLAS. DOS PUERTAS,
CARMEN (35) ENTRA EN EL ESTUDIO.
SE DESEMBARAZA RÁPIDO DE SU BOLSO Y HACE UNA LLAMADA EN UN TELÉFONO ANALÓGICO, DE AURICULAR INALÁMBRICO.
SE PONE A ORDENAR UN POCO EL LUGAR, ANSIOSA.

CARMEN:

Hola...
Ah, no, no he escuchado los mensajes hace días...
Es que el celular me pone nerviosa, estar todo el tiempo a la disposición, no sé, es raro, supongo que por eso siempre lo olvido...
Exacto, gracias por recordármelo, tú siempre tan detallista, tampoco tengo a nadie que me quiera llamar...
¿Qué urgencia? Ya no me queda familia para la urgencia. La última fue cuando tenía 12 años. Justamente de eso te quería hablar... tú estabas en Caracas...
Quería saber si la viste muerta...
Entiendo, pero, ¿la viste? ¿muerta, sin vida?...
Yo llegué directo al entierro, ¿no te acuerdas? Me tomó cuatro días el viaje desde el internado en Suiza, los permisos etc. Era menor de edad... No sé, las cosas antes eran más complicadas, más lentas... Cuando llegué ya no había chance de nada...
¿Por qué dices eso?... ¿Tú crees que mi mamá tenía razones?...

LLAMAN A LA PUERTA.

CARMEN: (URGENTE)

Te tengo que dejar... No, primo, no te preocupes, todo bien, eso era todo lo que quería saber... No, no pasa nada, te lo juro. Te llamo después. Un beso.

CARMEN TRANCA LA LLAMADA Y SE APRESURA A ABRIR LA PUERTA.
BLACK OUT.

ESCENA 2

CARMEN ABRE LA PUERTA. ES ADELAIDA (73) QUIEN TOCA.

CARMEN:

Eso fue rápido.

CARMEN LA INVITA A PASAR CON UN GESTO. ADELAIDA SE DESEMBARAZA DEL ABRIGO, LENTAMENTE, MIENTRAS OBSERVA TODO A SU ALREDEDOR, CON MUCHA CURIOSIDAD.

ADELAIDA:

He repetido tantas veces los mismos gestos... Cual mecánica celeste, cada planeta hace lo propio, a la misma hora, en el mismo lugar, agarro el trapo, tapo el canario, abro la lata y la divido en dos, echo las hojuelas a la tortuguita y cierro el balcón... después veo las noticias pero hoy...

SE DETIENE EN UNA PINTURA, CON FASCINACIÓN.

ADELAIDA:

... tal vez tengas razón...
No sé cómo, pero... reconozco este lugar... como si mucho antes, estos cuadros... estas casas...

CARMEN:
Imposible. Me mudé después. Todo esto lo pinté después. Nunca lo ha visto nadie.

ADELAIDA: (MIRANDO LOS CUADROS)
¿De verdad? Me siento honrada.

CARMEN:
No tienes que decirme nada.
Relájate. Ponte cómoda.

ADELAIDA:
Solo por un momento... no quiero que se haga tarde.

ADELAIDA SE SIENTA.

CARMEN:
¿Quieres tomar algo?

ADELAIDA:
¿Lo de siempre?

ADELAIDA SONRÍE PÍCARA.

CARMEN:
Lo de conocernos de toda la vida, no es un juego. Aunque también sirve... si prefieres...

CARMEN SE ACERCA A LA ESQUINA DONDE ESTAN LOS TRASTOS DE COCINA, TOMA UNA JARRA DE LIMONADA, Y SIRVE UN VASO.
MIENTRAS, ADELAIDA ESPÍA EL LUGAR.
CARMEN VUELVE CON EL VASO Y SE LO OFRECE A CARMEN.
ADELAIDA SORBE, LUEGO ESCUPE EN EL PISO.

ADELAIDA:
Disculpa. Es mi tiroides. No tolero el ácido. No puedo tomar limonada. Mucho menos sin azúcar.

CARMEN:
¿Sin azúcar? Ahora la que no me acuerdo soy yo.
Siempre te cuidabas tanto el peso...

ADELAIDA TOMA UN TRAPO LLENO DE PINTURA QUE ENCUENTRA CERCA.

ADELAIDA:
Disculpa, que pena... ¿Puedo usar esto para limpiar...?

CARMEN LE QUITA EL TRAPO DE LAS MANOS, Y BUSCA OTRO TRAPO ENTRE LOS TRASTOS DE COCINA, POR LIMPIAR EL PISO.

CARMEN:
Ojalá fuera tan fácil como pasar el trapo y ¡limpio!, hay daños que te dejan sucia para siempre.

ADELAIDA:
No quise causarte ningún daño. Fue una torpeza... sin culpa.

CARMEN:

¿Tú de verdad nunca te diste cuenta?

ADELAIDA:

¿De qué?

CARMEN:

¿¡Por qué!? ¿Por qué no hay un solo libro escrito por una mujer que no hable de un episodio de abuso...?

ADELAIDA:

Y eso que es mucho más lo que se calla, que lo que se cuenta.

CARMEN:

Tú has tenido que darte cuenta. Sacar la cuenta... de eso tú sabes.

ADELAIDA:

A ver. De nuevo. Mi nombre es Adelaida García. Nada complicado. Y te aseguro que no conozco a ninguna Herminia. Nunca tuve ni siquiera una amiga llamada Herminia. Ni conocí a nadie con ese nombre en toda mi vida.

ADELAIDA TOMA SU CARTERA PARA IRSE.

ADELAIDA:

Creo que esto es una mala idea. Lo mejor será que me vaya.

CARMEN:

No. Por favor. Si esto apenas comienza. Quiero conocerte mejor. Pregúntame lo que quieras... para que veas quien soy...

ADELAIDA:

¿Qué quieres que te pregunte?

CARMEN:

¿Algo que no sepas, por ejemplo? Algo que quieras saber... Yo no te pregunto cuál es tu helado favorito, porque lo sé.

ADELAIDA:

¿Ah sí?

CARMEN:

Chocolate. Eres una mujer de dos sabores: vainilla y chocolate. Si te dan a escoger, chocolate.

ADELAIDA:

Pues si me dan a escoger, me gusta la macadamia. Pero es difícil de conseguir.

CARMEN:

Sobre todo en helado, ¿no odias la fresa?

ADELAIDA:

Yo no odio.

CARMEN:

Yo sí. Tampoco me gusta cocinar, como a ti. Fuiste Aries o eres Aries. No manejas, pero te gusta pasearte en carro. Trabajaste 35 años en un almacén de textiles...

ADELAIDA:

Eso te lo dije yo en el café. Pero ¿de dé dónde sacas el resto?

CARMEN:

Se te ve.

ADELAIDA:

Se me ve el chocolate. El aries... ¡y el carro... aunque no manejo!

CARMEN:

Desde que te vi en el café... Tuviste un amor que duró años, pero nunca fue lo que te merecías...

ADELAIDA:

No hay que ser adivino para sospechar eso, le pasa a cualquiera o a casi todas...

CARMEN: (DISFRUTÁNDOLO, CON CIERTA CRUELDAD)

Nunca podrás saber si él en verdad te quiso.

ADELAIDA: (ACUSANDO)

¿Este es tu hobby?

CARMEN: (OFENDIDA, AGRESIVA)

No pensarás que pintar es un hobby.

ADELAIDA:

Me refería a adivinar lo que es el otro.

CARMEN:

Me gusta visitar los sitios inmobiliarios.

ADELAIDA:

Ah... qué curioso... A mí también me gusta mirar fotos de casas y ver la decoración...

CARMEN:

A mí lo que me interesa es imaginarme otra vida. Salir de este cuerpo. De esta historia y hacerme otra. Con otros libros, caminar otras alfombras.

ADELAIDA:

¿Y eso es lo que tú quieres que yo haga? Que sea otra. Que viva otra vida. ¿Por qué? ¿No te gusta tu vida? Porque a mí me gusta la mía.

CARMEN:

¿Desde cuándo?

ADELAIDA:

Hay algo que no está bien en todo esto. Algo está dañado...

ADELAIDA INSISTE EN IRSE. CARMEN LA DETIENE.

CARMEN:

No te vayas. Vamos a encontrarle un sentido, estoy segura.

ADELAIDA:

Mucha gente cree que toda persona tiene un doble. ¿No has pensado en eso?

CARMEN:

No me sirve.

ADELAIDA:

Es más bien raro que se encuentren, pero eso no invalida que exista otra persona igual...

CARMEN:

Madre solo hay una. No tiene doblez.

ADELAIDA:

¿Y las madres adoptivas? ¿Y las madrastras...? Hay madrastras que son buenas a pesar de los hijastros.

CARMEN:

Te refieres a las amantes del padre...

ADELAIDA:

¿Cuál es tu explicación, entonces?

CARMEN:

No la encuentro. Por eso quiero conocerte mejor. Entender el abandono. Yo me quedé en la casa después, ¿sabes?. Tuve que lidiar con todo lo que quedó atrás, fue una muerte inesperada... una salida a la que pocos se hubieran atrevido.

ADELAIDA:

¡Yo no soy quien tú crees!

CARMEN:

Yo sé. Eras otra. La otra realidad en otra casa, otro lugar... que tampoco se parecía a lo que te imaginaste.

ADELAIDA:

Eso es: un simple parecido, que te hizo imaginar. Pero no imagines. Hay cosas que no se pueden corregir, por más que quieras. La muerte es una de ellas.

CARMEN:

No imagino. Es cierto que no eres la persona que yo creía. Tampoco la que yo necesitaba. Es verdad que no estabas. Nunca estabas, eras una ausencia siempre a punto de llegar, incluso cuando estabas a punto de salir. Yo nunca fui más que un tropiezo en tu tránsito. Era así como te mantenías a salvo, al margen. El divorcio hubiera sido demasiado difícil...

ADELAIDA:

El divorcio siempre es difícil. Por eso lo mejor es no casarse. Haces bien.

CARMEN:

Casarse es lo de menos, no son los papeles. Dejar de obedecer, de complacer, de pertenecer... eso es lo difícil. Hacerse la loca, pensar en otra cosa y vivir la fiesta en paz, sin lugar a chismes, es lo que muchas hacen. Es más fácil. Y viven sus vidas de familia sin que se note lo que pasa en la casa.

ADELAIDA:

Mientras puedas aguantar, evitas el trauma, es comprensible. Es difícil juzgar desde afuera.

CARMEN:

Yo no estoy afuera, todo lo contrario, sigo encerrada, en el internado o dentro de la casa, nunca me dejaban salir. Por eso apenas cumplí los 18 me fui lo más lejos que pude. Aunque dio igual, la casa la cargo encima.

ADELAIDA:

Por eso estas casas...

CARMEN:

Cada quien es su casa. Cada quien con su encierro.
Hasta que conseguiste trabajo. Todo cambió.
Aunque lo más difícil, el gran logro fue conseguir que él aceptara. ¿A que sí?
Lo lograste. Lograste que te dejara trabajar.

Mal que bien era un dinero extra que no nos caía nada mal. Lo que él ganaba nunca fue suficiente para irnos de vacaciones. Nadie podía imaginar en qué gastaba el dinero mi papá.
Tú aprendiste a volar, de 8 a 5, eras persona propia.

ADELAIDA:

Es así. Solo cuando eres capaz de ganarte la vida, eres persona.

CARMEN:

Imagínate la cantidad de mujeres que se mueren sin llegar a ser personas. Ahora incluso está de moda de nuevo, buscar que te mantengan. No importa que sea más viejo, que beba, que te insulte si llegas tarde, que te pegue... con tal que pague.

ADELAIDA:

Has debido sufrir mucho.

CARMEN:

Sufrimos las dos. La que recibía los golpes en carne propia no era yo. Yo solo escuchaba y lloraba sin hacer ruido.
Al día siguiente, siempre venían a almorzar, todos los domingos... *Me tropecé con una piedra... me caí por las escaleras...* Pero esos morados no eran de escalera. Mis tíos lo sabían y miraban de reojo, por si atrapaban alguna pista furtiva.
Pero él era inquebrantable, con su cara sin culpa ni vergüenza, nada, cara de nada, su cara de *esta es mi casa y aquí mando yo, y hago con ellas lo que me da la gana*, *a la hora que me da la gana*...
Había que romperlo todo. Vivir el escándalo, la mudanza, la violencia... todas las mudanzas son violentas, ¿y los hijos? Eso es siempre lo más difícil, levantar esa ancla, cuando piensas en los hijos, inocentes... piensas que los hijos no saben, eso es lo que las madres creen.

ADELAIDA:

La impunidad del agresor se hace del silencio de su víctima.

CARMEN:

Lo sabes, lo dices bien... ¿lo aceptas, entonces?

ADELAIDA:

No hace falta haberlo vivido para saberlo.

CARMEN:

Yo lo viví. Lo recuerdo para que recuerdes.

ADELAIDA:

Creo que tu historia le puede traer recuerdos a mucha gente.

CARMEN:

No me importa. Ya no quiero justicia. No es posible. No quiero culparte. No quiero castigarte. Solo quiero que aceptes. Que me expliques, ¿o es verdad que nadie tiene razones para quererme?

ADELAIDA:

No entiendo. ¿Qué es lo que quieres que acepte?

CARMEN:

Que una cosa va ligada a la otra... ¿quién es más culpable, el que hace el daño o la que se hace la vista gorda?

ADELAIDA:

No puedo aceptar más culpas que las mías, y eso solo cuando no me queda otro remedio. No me gusta el tema. La culpa no sirve para nada.

CARMEN:

No sé cómo puedes dormir tranquila.

CARMEN PIERDE LA PACIENCIA, SE LEVANTA, DA UNOS PASOS HASTA QUE LE SOBREVIENE OTRA IDEA.

CARMEN:

¿Cómo puedes olvidar los golpes, la humillación, los insultos, cada día...?
¿De verdad no recuerdas los golpes?
A menos que sea amnesia... Tenías una cicatriz…

CARMEN SE LE ACERCA Y LE SUBE LA MANGA PARA VER EL ENVÉS DE SU ANTEBRAZO. ADELAIDA SE ALEJA INCÓMODA.

ADELAIDA:

No es más que un parecido. Estás impresionada, eso es todo. Me parezco a tu mamá, pero no soy tu mamá, ni rencarnada. Tu mamá se murió y yo no te puedo ayudar.

CARMEN:

Siempre gozaste de muy buena salud. Hasta después de muerta. Igualita. Pero con unos años más. Bien llevados.

ADELAIDA: (ALIVIANDO CON HUMOR)

Y eso que no me conociste de joven.

CARMEN:

Te conozco desde los 18. Sé que cicatrizas muy bien, no te quedan marcas...

ADELAIDA:

La muerte de la madre es algo muy difícil de aceptar, pero no es inventando otra vida con otra madre que...

CARMEN:

¿Y tú? ¿Por qué te inventaste esta otra vida... en España?

ADELAIDA:

Nunca he salido de aquí. No conozco Caracas.

CARMEN:

¡Ajá! ¿Y cómo sabes que soy de Caracas?

ADELAIDA:

Por el acento. Se parece al canario, aunque tiene otro cantadito. Mi madre era de Canarias. Lo conozco muy bien.

CARMEN:

Así pensaba yo. Pero uno nunca termina de entender las razones de la madre. En la crianza, las madres se ponen de lado, esconden todo lo que no sirve de ejemplo. Por eso los hijos no terminan nunca de saber quiénes son sus madres, ni antes ni después... la madre es el misterio de la vida... Los deseos de la carne no son cosas de madres. Las madres son santas o por lo menos sagradas, no hacen nada sucio...

ADELAIDA:

¿Piensas que el sexo es sucio?

CARMEN:

Siempre creí que no te gustaban los gatos, mucho menos las tortuguitas ni los canarios... las madres son un pozo sin fondo. Tampoco supe nunca de la abuela española... Se tuvieron que poner las cosas muy mal en Venezuela, para yo llegar a descubrir esa familia anterior, que me permitiría salir del país.

ADELAIDA:

De verdad, que pena... perdona, pero...

CARMEN:

Yo quisiera perdonarte. Quitarme este peso de encima, pero tú tampoco me lo pones fácil.

ADELAIDA:

Creo que no he debido...

CARMEN:

Exacto, ¿qué haces aquí?

ADELAIDA:

No sé. Me dejé llevar por la conversación... Una ayuda no se le niega a nadie.

CARMEN:

O sea que me viste necesitada.

ADELAIDA TOMA SU CARTERA Y SU ABRIGO.

ADELAIDA:

No me costaba nada tomarme un café contigo y escucharte.

CARMEN:

Es cierto que te ofrecí un café. No te vas a ir ahora sin siquiera tomarte el café... ¡con azúcar!

CARMEN LE HACE UN GESTO PARA DETENERLA. Y VA RÁPIDO HACIA LA ESQUINA DE LA COCINA.

ADELAIDA:

Ya es muy tarde para tomarse un café. (CON INTENCIÓN) No quiero desvelarme. Yo sí duermo tranquila.

CARMEN:

Entonces nos tomamos un ron. Venezolano. A ver si te vuelve la memoria.

CARMEN VUELVE DE PRISA, CON DOS VASOS. LOS SIRVE.

ADELAIDA:

Hay quienes beben para olvidar...

CARMEN:

... pero yo creo que es todo lo contrario. El que bebe se revuelca en sus malos recuerdos y busca compensación.

CARMEN LE EXTIENDE EL VASO A ADELAIDA. ADELAIDA LO TOMA, BEBE.

CARMEN:

¿Te gusta?

ADELAIDA:
Es muy bueno este ron.

CARMEN, PERDIENDO LA PACIENCIA.

CARMEN:
No es bueno. Es el mejor ron del mundo, son las mejores playas. Las mujeres más bellas. Los venezolanos vivimos de esos superlativos. No importa si son verdad o mentira. Lo aprendemos desde pequeños. Por eso, dime de una vez por todas la verdad. Aunque sea mentira. No importa.

ADELAIDA:
La verdad es que yo viví algo similar.

CARMEN:
Tu padre abusaba de ti y tu madre nunca dijo nada.

SILENCIO.
ADELAIDA LA MIRA IMPRESIONADA.

ADELAIDA:
Mi madre se murió cuando yo tenía apenas tres años.

CARMEN:
¿Y no sueñas con ella?

ADELAIDA:
La tengo siempre presente, sí... es como soñar con ella.

CARMEN:
Yo no recuerdo qué edad tenía la primera vez que mi papá me tocó. Era muy pequeña como para acordarme.
Sí recuerdo la impertinencia de su deseo... cuando las ganas superan la conciencia del mal. Él lo tenía que saber, pero las buenas razones no le alcanzaron para reprimir esa energía genital, básica y sorda, cuando avanza como un motor sin ley...

CARMEN SE CONTIENE, RESPIRA HONDO PARA ALIVIARSE DEL RECUERDO QUE LA HIERE.
ADELAIDA LA MIRA CONMOVIDA SIN PODER DECIR NADA.

CARMEN:
Recuerdo el 10 de abril. Tenía apenas 12 años. Esa vez te fuiste para siempre. No. Miento. Aún no. Me faltaban diez días para cumplir 12 años. Tampoco es edad para entender la muerte. Mucho menos el abandono de tu madre. Ese año no tuve fiesta de cumpleaños.

ADELAIDA:
¿Qué edad tienes ahora?

CARMEN:
¿Quién mejor que tú para llevar esa cuenta?

ADELAIDA:
Carmen, yo no soy tu mamá.

CARMEN:

No. No lo eres. Una madre no lo hubiera permitido. Tienes razón. No sé de qué estás hecha.

ADELAIDA:

Soy una perfecta desconocida. Es más, ni yo me conozco, no sé cómo terminé aquí, en esto, contigo...

CARMEN:

¡Agh! ¡Ya me cansé de tus acertijos! He vivido toda mi vida adivinando razones, imaginando qué hubiera sido si...
Quiero aterrizar. Y si no estás dispuesta, tienes razón: es mejor que te vayas.

ADELAIDA HACE EL AMAGO DE IRSE. YA EN LA PUERTA, CARMEN LA ATAJA.

CARMEN:

No. Por favor. Perdóname. No te vayas. Me haces demasiada falta.

ADELAIDA:

No quiero seguir con esto.

CARMEN:

No me importa que no me digas la verdad. Es mentira. Con tu presencia me basta. Ahora que te encontré, eso es lo único que me importa, no me puedes dejar, te lo ruego...

ADELAIDA:

Tengo que volver a mi casa.

CARMEN:

Esta es tu casa. Mi casa es tu casa. ¿Te das cuenta? No hay azar. Ni Dios. Te encontré porque te estaba buscando. Yo sabía que no te habías muerto. Me hacías demasiada falta.

ADELAIDA:

Quizás, mejor que conseguir una madre, es ser madre. Tú todavía puedes tener hijos. ¿Has pensado en eso?

CARMEN:

Soy sola. Desde niña soy sola. Es mi condición. Tanto temía el abandono que no me di cuenta de que ya me habían abandonado, y así me quedé, sola. Es sin hijos.

ADELAIDA:

Entonces me reconoces que yo tampoco soy madre... de nadie.

CARMEN:

¿El aborto no cuenta?

ADELAIDA: (TURBADA)

Es mejor abortar que tener hijos no deseados.

CARMEN:

¿Y por qué no usaste anticonceptivos?

ADELAIDA:

¿De dónde sacas eso?

CARMEN:

Del fruto maltrecho de tu error. No uno, muchos errores tienen que ocurrir, día tras día, para no querer a una hija. No sé por qué me extraña que ahora me niegues.

ADELAIDA:
Yo no soy tu mamá, Carmen. ¡Ya! ¡No juego más!
CARMEN:
No es juego. Es imposible.
ADELAIDA:
Si tu mamá se me parece, tú no te pareces, y eres su hija. ¿Entiendes? No puedes sacar conclusiones en base a...
CARMEN:
... me parezco a mi papá.
ADELAIDA:
El parentesco no obliga al aspecto... ¡y viceversa!
CARMEN:
Ese es mi castigo. Y el tuyo.
ADELAIDA:
¿Por qué te castigas de esa forma? Y si fuera verdad, ¿para qué necesitas una madre que no te quiere?
CARMEN:
Una madre es una madre. No hay otra. Es tu puerta al mundo. El origen. No hay manera de cambiar eso. No hay manera de corregirlo. No se rompe. Del padre solo basta el nombre. Lo dijo Lacan. La madre es el universo anterior que lo explica todo. Por eso... Necesito entender el abandono, para aceptarme.
ADELAIDA:
Que duro... Te juro que si pudiera hacer algo por ti...
CARMEN:
Sí puedes. Puedes ser mi mamá después de todo.
ADELAIDA:
¡Ay, Carmen!
CARMEN:
Nunca es tarde. Podrías tener a tu hija y darme una madre.
ADELAIDA:
¡Tengo 73 años!
CARMEN:
Yo te acompaño. No vas a estar sola en esto.
ADELAIDA:
Yo no soy tu mamá, Carmen. Soy una señora que conociste en el café de la esquina, que te recordó a tu madre y bueno... como a mí me botaron del trabajo y todavía no entiendo por qué ni cómo me pudieron hacer eso, pues... tengo todo el tiempo del mundo, y eres tan simpática, tan dulce... me conmovió tu generosidad de invitarme a ver tus cuadros...
CARMEN:
Quedas contratada.
ADELAIDA:
De verdad creo que es mejor que me vaya. Ya hemos llegado demasiado lejos con esto.
CARMEN:

Te contrato como mi mamá. ¿Qué te parece? Te pago sueldo mínimo. Porque tampoco es un tiempo completo. Quiero decir, sí me tienes que asumir como tu hija, completa y siempre, pero no tienes que estar todo el día en la casa pendiente de mí, ya soy una adulta. Puedes tener un trabajo. Salir con tus amigas... Me gustaría conocerlas. Poco a poco, no hay apuro. Magaly, por ejemplo. Por lo que me cuentas parece una buena persona...

ADELAIDA:

Yo no te puedo querer como te quiso tu madre, Carmen. Ni aunque digas que no te quiso.

CARMEN:

Qué vas a saber tú que nunca quisiste hijos.

ADELAIDA:

Pero tuve madre. La otra cara de la moneda.

CARMEN:

Tú eres la otra cara... sí...

ADELAIDA:

Creo que eres demasiado injusta con tu madre.

CARMEN:

¡Por fin! Ahora sí estamos hablando. Pensé que no te ibas a defender jamás.

ADELAIDA:

Una madre siempre tiene sus razones. Podrías confiar en eso, facilitarte el perdón.

CARMEN:

Es verdad. Necesito razones para perdonar.

ADELAIDA:

Ponte en sus zapatos, en lugar de echarle la culpa de todos tus males. ¡Que fácil!

CARMEN:

No es para nada fácil. Los psicólogos van a la universidad y pasan años entrenándose en las maneras de echarle la culpa a los padres, sea cual sea el trauma del paciente.

ADELAIDA:

Tal vez un psicoanalista te pueda ayudar.

ADELAIDA SE LEVANTA DE NUEVO PARA IRSE.
CARMEN SE INTERPONE Y LE TRANCA EL PASO.

CARMEN:

¿No entiendes que la única que me puede ayudar eres tú? No me niegues esta última oportunidad.

ADELAIDA:

Me quiero ir.

CARMEN:

¿Por qué? No es contagioso.

ADELAIDA:

No estás enferma. Estás aburrida y te aprovechas de los demás para entretener tu fastidio.

CARMEN:
Te encuentras en mí, tu hija perdida, por eso te quieres ir, prefieres escapar de tu culpa.

ADELAIDA:
Yo no soy nada tuyo, ¡por Dios, volvamos a la realidad!

CARMEN:
No metas a Dios en esto, tú no eres creyente. No crees en nada. Yo tampoco, solo en lo que veo.

ADELAIDA: (CON DEJO DE RECLAMO)
Y en lo que quieres ver...

CARMEN:
No, no basta con que quiera. Busco, pero no encuentro. No conozco a nadie en esta ciudad, no me reconozco aquí, ¿entiendes? Cuando no te hayas en los lugares ni en los otros.
No me quiero ni imaginar a los que emigraron a Francia o Alemania o Estados Unidos... Para existir, no basta mirar. Para estar presente, hay que escuchar y saber decir... en alemán o en francés, imagínate la dificultad...

ADELAIDA:
Eso es. Necesitas quien te escuche, no una madre.

CARMEN:
Estoy en Madrid. Mi madre está muerta en Caracas. Solo me queda un primo en Venezuela. Tengo una familia española, pasaporte español, ¡y sin hacerme la sefardita! Si me creyeron en la embajada ¿por qué tú no me crees?
¿Qué hago yo ahora con esto que ya no soy, en un lugar donde nadie me conoce y donde no sé cómo sigue mi historia?

CARMEN, LLORA SIN QUERER. ADELAIDA LA CONSUELA.

ADELAIDA:
Aunque sea un poco raro... me tienes a mí aquí, en Madrid. Cuenta con eso.

CARMEN:
No. Yo no cuento. Cuéntamelo tú. ¿Lo aceptas?

ADELAIDA:
No. No me llamo Herminia Colmenares, Carmen, no, soy Adelaida García, acéptalo tú.

CARMEN:
El trabajo de madre.

ADELAIDA:
Nunca lo quise. Ahora, a mis 73, mucho menos.

CARMEN:
Es un trabajo como cualquier otro.

ADELAIDA:
¿Cómo voy a pagar mis impuestos con un empleo de madre?

CARMEN:
Yo sé que nunca se ha considerado un trabajo, pero tú tuviste una madre, breve pero abnegada, sabes que es un trabajo a tiempo completo...

ADELAIDA:

Necesito seguro social y demás beneficios. Necesito un trabajo de verdad...

CARMEN:

Te pago el doble y le damos otro nombre. ¡Listo! Ponle el que quieras. Eres mi asistente personal. ¿Te gusta?

ADELAIDA:

Todas las madres son asistentes personales de los hijos. A mí no me gusta asistir. Y no me vas a pagar por hacerme pasar por quien no soy, no estoy dispuesta. Gasta ese dinero en un psicoanalista, Carmen.

CARMEN:

Es tu dinero. ¿No lo entiendes? Yo simplemente te lo estoy devolviendo. Es un acto de justicia, devolverte lo que es tuyo. Ya que no estás muerta, yo no heredo.

ADELAIDA:

Me estás asustando. No sales de tu delirio... un teatro del horror.

CARMEN:

De acuerdo. Exceso de imaginación. Necesito ayuda. Es simple. No es asistirme realmente. Olvídate de la asistencia. Necesito que me estires las telas en los bastidores y que me las fondees. Que lleves el libro de ventas. De exposiciones. Todas son en Venezuela. Por ahora. Ya tendré galería y coleccionistas en España. Con tu ayuda.

ADELAIDA:

¿Cuánto hace que estás en España?

CARMEN:

Unos cuantos años ya. Pero lo de las galerías no es fácil. Yo me lo merezco, pero toma su tiempo. No he pintado en vano, viene un curador a verme el mes que viene...

ADELAIDA:

No sé mucho del tema...

CARMEN:

No tienes que opinar, tranquila. No digas nada, no pienses nada. No me asistas.

ADELAIDA:

Es verdad que necesito el trabajo y, a los 73 no está fácil después de un despido...

CARMEN:

¿Por qué te despidieron?

ADELAIDA:

Si quieres que trabaje para ti, es con una condición, Carmen: tienes de dejar la historia de que soy tu mamá. Olvida el pasado, es por el futuro.

CARMEN:

¡Perfecto! Ya no es historia. ¡Por fin es una realidad! A sueldo, para que respeten. Y está bien. No lo digo más. No tengo que seguir dándole vueltas. Es, finalmente. Y lo disfruto... por mi madre. (JURA)
Lo que pidas.

ADELAIDA:

¡Es increíble! Ni que aceptes, puedes evitarlo. Vuelves siempre al mismo punto. Yo no puedo ser cómplice de esto.

CARMEN:

Seamos lógicas, Adelaida: tienes razón, necesitas el trabajo. A ti te va a dar tranquilidad y a mí me va a dar una enorme felicidad. ¿Cuál es el inconveniente?

ADELAIDA:

No sé si da para tanto.

CARMEN:

Me lo dijiste. ¿Te acuerdas? En el café. Me dijiste que estabas empezando a salir de la depresión porque cuando te botan de un trabajo es un rechazo, una expulsión que se vive mal. *Muy mal*, te dije yo, *estoy de acuerdo*. Es como cuando no te aceptan en una exposición, rechazan una parte de ti que es importante, hay partes de ti en cada cuadro. Partes esenciales, sagradas, muy sensibles.

Dijiste que ya lo habías superado. Que ahora lo que te faltaba era superar la parte financiera. Y pues ya. Superado. Te puedo pagar el doble del sueldo mínimo. No hay problema.

ADELAIDA:

No es necesario. Yo puedo conseguir otro empleo.

CARMEN:

Ya no tienes que atormentarte más, ya puedes pagar el alquiler o el condominio, no sé si vives alquilada o ¿es propio?... Es más, si necesitas, puedes vivir aquí si quieres.

ADELAIDA:

Bueno. Lo voy a pensar.

CARMEN:

No. No quiero que te vayas sin compromiso. Por favor. Después de llegar tan lejos, no te puedo perder. Necesito una seguridad.

Ya va.

CARMEN CORRE POR UN PAPEL Y PLUMA. ESCRIBE RÁPIDAMENTE CON TORPE EMOCIÓN. ESCRIBE Y ESCRIBE.

CARMEN:

Listo. Quedó escrito. (CARMEN FIRMA)

Sólo falta que firmes.

CARMEN LE EXTIENDE EL PAPEL Y LA PLUMA. ADELAIDA DUDA POR UN MOMENTO.

CARMEN:

¿Qué tienes que perder?

ADELAIDA TOMA Y LEE EL ESCRITO.

ADELAIDA:

¿Dos horas de conversación diarias?

CARMEN:

¿Te parece mucho? ¡Hora y media, pues!

ADELAIDA: (LEYENDO)
¿Una comida juntas al día?
CARMEN:
Puede ser un día sí, un día no, si prefieres…
ADELAIDA: (LEYENDO)
¿Dos salidas de fin de semana al mes?
CARMEN:
Ir al cine, a ver una exposición, de pronto a cenar… no sé. Algo divertido. Sin esfuerzo. Que nos divierta a las dos.
ADELAIDA: (LEYENDO)
Un abrazo a la semana...
CARMEN:
No es mucho pedir. ¿O sí?

ADELAIDA LA MIRA CONMOVIDA.
A CARMEN SE LE SALE UNA LÁGRIMA. ADELAIDA LA ABRAZA.
CARMEN:
No me dejes.

CARMEN LLORA COMO UNA NIÑA.
ADELAIDA SE LEVANTA Y VA POR UN VASO DE AGUA.
CARMEN LO RECIBE. BEBE Y SE CALMA.
SE MIRAN, UNA PAUSA.
ADELAIDA BEBE OTRO SORBO DE RON.
ADELAIDA:
No creas. Te entiendo. Yo también lloro lo imposible. Esa hija que perdí...
CARMEN:
Pero tú lo decidiste.
ADELAIDA:
No deja de ser una pérdida. La pérdida de lo que hubiera sido. Perdido sin remedio. Irrecuperable. Lo que no fue y nunca será.
CARMEN:
Suena a canción de Serrat.
ADELAIDA:
Es un poco más serio. No suena, es una falta en el vientre. Un peso muerto.
CARMEN:
Yo conozco el sentimiento de la hija negada.
ADELAIDA:
Son dos caras.
CARMEN:
Sí, ya dijimos eso.
ADELAIDA:
Justamente, si sufre la hija sufre la madre, y viceversa. Aunque no se diga. Aunque una parezca más mala. Se sufre lo mismo. Desde que es un mismo cuerpo que se divide. Y aun después que se dejan, siguen llevándose en el cuerpo. ¿No viste esa película de un pianista que pierde sus manos en un

accidente y es trasplantado con las manos de un criminal y el panista empieza a matar a diestra y siniestra?

CARMEN:

¿No era que las manos del pianista fueron a parar en el cuerpo de un asesino que empezó a hacer música?

ADELAIDA:

¡Exacto! Va en los dos sentidos, como una memoria que te circula por el cuerpo, de una historia que no conoces, que heredas. Por eso todo el mundo siente y hace cosas que no entiende.

CARMEN:

¿A qué te refieres?

ADELAIDA:

De esas cosas viven los psicoanalistas.

CARMEN:

Sabes hacerte la loca, Adelaida, pero entiendes...

ADELAIDA:

Lo que estoy es cansada. Y no tengo una hija que me devuelva la juventud, de volver a ser madre cuando nazca mi nieto. Ya yo no me multiplico, no me esparzo. Estoy preparando la salida más bien…

CARMEN:

Entiendo porque se parece. Como va en los dos sentidos, yo sé que perder a la madre también te deja incompleta para siempre.

ADELAIDA:

La madre nunca se pierde. La llevas en los cromosomas. ¿Sabías que tu madre te da una cantidad precisa de óvulos? Cuando tienes un hijo, el ovulo fecundado es uno de los que te dio tu mamá. Es decir, parte del nieto lo pusiste tú, aunque no estuviste esa noche... (CON HUMOR)

CARMEN:

Por eso, si tu madre no te quiere, la alteración es genética. Distorsiona tu humanidad. Te hace monstruosa.

ADELAIDA:

¿Qué dices?

CARMEN:

¿Qué fue lo que me dijiste cuando hablaste de lo retorcido que era todo esto?

ADELAIDA:

Lo imaginaste.

CARMEN:

Hay palabras que la madre no tiene que pronunciar para que la hija las escuche.

ADELAIDA:

Es verdad que te dije que era una locura. Y que te enajenas.

CARMEN:

La locura es que el que más daño me hizo, fue el que más me quiso.

ADELAIDA: (SORPRENDIDA)

¿Estuviste casada?

CARMEN:

Estoy mucho más desamparada desde que se murió mi papá. Cualquier cosa que me doliera, a él le dolía aún más. De verdad, verdad. Pero yo nunca lo perdoné, y no me lo perdono. Si fuera verdad que los muertos siguen presentes, me daría tranquilidad saber que él está cuando lloro.

ADELAIDA:

Ahora sí que me perdí.

CARMEN:

No, no te puedo perder, Adelaida, no te pierdas. No es nada, no te afanes, no es que te echo la culpa y sigo en paz. Son operaciones complicadas, la matemática del sosiego.

ADELAIDA:

Explícame.

CARMEN:

Si la caricia que te dieron no era la apropiada, el cariño que no te dieron, tampoco te lo pueden dar después. Es así de complicado desde que naces. Una historia que se cuenta en caricias... irremediable. Con la autocompasión de una estatua.

ADELAIDA:

Es verdad que lo que es, no es siempre lo que debió ser, y lo contrario. Y aunque no se puede corregir lo que quedó atrás, yo trato de ponerme en los zapatos del otro para desandar mis rencores...

CARMEN:

Los zapatos de la madre que perdió a la hija, para entender a la hija que perdió a la madre... Bien. Tú calzas 38. ¿Cierto? Ya yo calzo lo mismo. Otra ventaja, podemos intercambiar los zapatos y volver a ser, como tú dices, la hija que te devuelve la juventud...

ADELAIDA:

De nuevo.

No creo que podamos tener una relación de trabajo, Carmen. Hay una distorsión...

CARMEN:

Dime qué es lo que quieres que enderece. Lo que no quieres que pase. Estoy dispuesta a lo que sea.

ADELAIDA:

No quiero que termine mal.

CARMEN:

Justamente. Se trata de empezar, no puede terminar. No le podemos hacer ese desprecio a la vida que nos cruzó los destinos. Ya nos encontramos. Ahora tenemos la posibilidad, es como queramos. Está en nuestras manos. No tengas miedo.

ADELAIDA:

Mi miedo es el tuyo.

CARMEN:

Yo ya no tengo miedo. Yo sé que me entiendes. Porque perdiste a tu hija.

ADELAIDA:

Es demasiado rebuscado. De verdad que me pierdo.

CARMEN:
No le des más vueltas. Es lo mismo, ya lo hablamos, lo que le duele a la hija le duele a la madre y viceversa.

CARMEN SE LEVANTA, PONE UN LIENZO EN BLANCO EN EL CABALLETE, Y HACE UNOS TRAZOS.
DE PRONTO SE DETIENE.

CARMEN:
Eres la misma.

ADELAIDA SE ACERCA Y MIRA EL BOCETO.

ADELAIDA: (IMPRESIONADA)
Se parece.

CARMEN:
¿Te das cuenta?

CARMEN SIENTA A ADELAIDA, LE ACOMODA LA POSTURA, LE ORIENTA EL PERFIL, VUELVE A SU CABALLETE. PINTA.

ADELAIDA:
¿De qué me doy cuenta?

CARMEN:
No te muevas, por favor. ¿Estás nerviosa?

ADELAIDA:
No estoy acostumbrada a estar tan expuesta.

CARMEN:
No estás expuesta, estamos solas... no podemos estar más solas.

ADELAIDA:
No siempre estuve sola. El papá de mi hija era pintor.

CARMEN:
¡Ah! Entonces sabes de qué se trata.

ADELAIDA:
El sólo pintaba paisajes.

CARMEN:
¿Nunca posaste para él?

ADELAIDA:
Hablaba poco, y yo que tampoco tenía mucho que decir… era muy joven... a lo mejor le tenía un poco de miedo.

CARMEN:
¿Era mayor?

ADELAIDA:
Miraba todo con minucia... devoraba al por menor...

CARMEN:
... a la menor... ¿Te pintó desnuda?

ADELAIDA:
Sus curvas eran colinas, la sensualidad de las nubes o caminos sin huellas... nunca había nadie en esos lugares que pintaba.

CARMEN:
¿No te pintó un retrato por lo menos?
ADELAIDA:
Yo que no pinto nada, ni canto... Admiro mucho a los artistas. Me hubiera gustado tener algún talento. Pero no.
CARMEN:
Haces lo que nadie quiere hacer.
ADELAIDA:
¡Exacto! Sumar y restar.
CARMEN:
Eres de las que saca la cuenta...
ADELAIDA:
35 años sacando las cuentas del puto almacén, hasta que llegó una más joven y más digital.
CARMEN:
Eso pasa hasta en los mejores matrimonios.
ADELAIDA:
Pero me gusta el arte, no te creas.
CARMEN:
¡No se diga más!

CARMEN DETIENE LA PINTURA, ENTUSIASMADA.
VA A BUSCAR EL PAPEL QUE ESCRIBIERA, PARA DÁRSELO A ADELAIDA PARA QUE FIRME.
ADELAIDA RENUENTE.

ADELAIDA:
No puedo comprometerme a...

CARMEN TACHA RÁPIDAMENTE, PARTE DEL TEXTO.

CARMEN:
Está bien. Sin tareas, sin horarios, a la libre.
ADELAIDA:
No es que me vas a pedir después que me llame Herminia... o Eurídice...
CARMEN:
Te lo juro que no. (JURA)

AMBAS RÍEN.

CARMEN:
Yo te puedo querer hasta que me quieras.

ADELAIDA TOMA LA PLUMA Y SE DISPONE A FIRMAR, MIENTRAS DICE SU NOMBRE.

ADELAIDA:
A-de-lai-da García.

CARMEN MIRA EL PAPEL FIRMADO CON SATISFACCIÓN.

CARMEN:
Estupendo.

ADELAIDA:
En el horóscopo de esta mañana decía, *tu destino te sorprenderá en el lugar menos esperado*. Y yo pensé... ¿será que voy a conseguir trabajo? Y salí a tomarme un café.

CARMEN:
Me encanta cuando los horóscopos dicen la verdad.

ADELAIDA:
Bueno, también decía otras cosas raras, que si el pasado te la va a volver a jugar, o algo así, peligroso.

CARMEN:
Yo no creo en esas cosas.

ADELAIDA:
La verdad es que yo tampoco.

AMBAS RÍEN.

CARMEN:
¿Cuándo vienes entonces?
Necesito extender todos esos bastidores.

ADELAIDA:
Puedo venir mañana mismo, si quieres.

CARMEN LE EXTIENDE LA MANO.

CARMEN:
Sí quiero.

ADELAIDA SUSPIRA AUN CONTENIENDO SUS DUDAS, PERO ESTRECHA MANOS CON CARMEN.
TOMA SU CARTERA, Y SE DISPONE A SALIR.

ADELAIDA:
Hasta mañana, entonces.

CARMEN:
Hasta mañana.

CARMEN CIERRA LA PUERTA TRAS ADELAIDA.
SE RECUESTA, EXHAUSTA.

CARMEN: (PARA SI)
¡Uf! Pensé que sería más difícil.

CARMEN SE SIRVE UN TRAGO DE RON Y ELEVA SU COPA PARA BRINDAR. BEBE.
CARMEN REGRESA AL CABALLETE. PINTA CON GESTOS APASIONADOS.

CARMEN:
Necesito quererte... no importa que hayas muerto o no.
Necesito perdonarte para seguir.
Sumarle al dolor indeleble del abuso, el dolor del desamparo de la que me pudo defender y no lo hizo... me hace invivible.

CARMEN RECULA PARA MIRAR CON DISTANCIA LO QUE PINTÓ.
VUELVE A PINTAR.

CARMEN:

Todas las casas se parecen, es verdad.
Cuando la casa está rota, no hay salida, entre tú y yo, no hay defensa.
Aunque vivas en el engaño, no eres rubia, es un tinte, yo lo sé. Lo sé todo y tú no tienes ni la menor idea.

GUINDA LA PINTURA. LA OBSERVA. ES LA PINTURA DE UNA CASA, MUY PARECIDA A LAS OTRAS CASAS DE LOS CUADROS QUE ESTÁN EN EL ESTUDIO.
BAJAN LAS LUCES.
PENUMBRA.
CARMEN SE LEVANTA.
SE PONE A LIMPIAR LOS PINCELES CON CUIDADO.

CARMEN: (SUSURRA)

Yo no te quiero hacer daño. No.
¿No te das cuenta de todos los años que pasé esperando tu muerte, solo para atreverme a pensar en tu culpa?
Ahora que te encuentro viva, no puedo echarme para atrás, y seguir reteniendo la sospecha de tu silencio cómplice. Porque sería como desear tu muerte.

BLACK OUT.

SONIDO:
SE ESCUCHAN LAS VOCES DE NIÑAS QUE JUEGAN.
DE PRONTO SE IMPONE LA VOZ DE UN HOMBRE.

HOMBRE: (OFF)

Carmen... te estoy esperando... ven a dormir la siesta, ¡ven!

ACTO 2

ESCENA 3

MISMA ESCENOGRAFÍA.
AMANECE. CARMEN ESTA CUBIERTA POR LAS SÁBANAS.
ENTRA ADELAIDA CON LLAVE. MIRA LA CASA EN DESORDEN CON GESTO DE DESAPROBACIÓN.
SE DESEMBARAZA DEL ABRIGO Y DEMÁS ACCESORIOS PERSONALES, Y LOS GUARDA CON CONFIANZA EN UN ESCAPARATE. SE PONE UN DELANTAL Y SACA UNA ESCOBA.

ADELAIDA:

El día después es lo peor... sobre todo si te toca limpiar la fiesta a la que no te invitaron. Y no me digan que no tengo edad, porque a mí ahora es que me quedan ganas de bailar.

ADELAIDA BAILA *AD LIB* ARMADA DE UNA ESCOBA COMO PAREJA. CANTA DESAFINADO. TOMA TRAPO Y PRODUCTOS DE LIMPIEZA Y EMPIEZA A LIMPIAR.

ADELAIDA:

En todo caso, si lo que me queda es morirme, ¿qué importa? Si acaso los vecinos notarán el mal olor de los restos, antes que mi ausencia.
Y *¿qué hacemos con la señora? ¿A quién se le avisa?* Si no has venido a visitarme ni una vez, nadie te conoce. Hay quienes creen que eres invento mío.

ADELAIDA SE ACERCA A LA CAMA Y LA MIRA ARROPADA DEBAJO DE LAS SÁBANAS.

ADELAIDA:

Y sí. Eres invento mío. Él no quería tener hijos. Yo me embaracé sola.

CARMEN SE MUEVE Y SE TAPA LA CABEZA CON LA ALMOHADA.

CARMEN:

Por favor, un poco de consideración, ¡que estoy durmiendo!

ADELAIDA SUBE LOS OJOS EN SEÑAL DE FASTIDIO Y VUELVE A LA FAENA. DESCUBRE LA BOTELLA DE RON VACÍA Y LOS DOS VASOS.
HUELE LOS VASOS.

ADELAIDA:

Pero ¿quién habrá venido a beber ron para acá con el desafuero de una botella entera? Porque esta botella estaba completa...

ADELAIDA BEBE LA ÚLTIMA GOTA DE RON DEL FONDO DE LA BOTELLA.

ADELAIDA:

Yo también tuve tu edad, y me bebí la vida con la soberbia del futuro infinito por delante. Cuando yo era el centro del mundo y la culpa era del sistema, del imperialismo o del gobierno, y siempre de los padres. Cuando todo era nuevo, porque nadie había vivido antes con la consciencia que teníamos nosotros. ¡Y eso es verdad!. Cuando las mamás ya no servían sino para echarles la culpa, estuvieran vivas o muertas, da lo mismo, porque después que te vas de la casa, se muere tu mamá de a poco...

ADELAIDA NOTA EL CUADRO NUEVO.

ADELAIDA:

Pero esta casa no estaba... (OBSERVA, DETALLA LA PINTURA)
Y sí... que se parece...
Bueno, es siempre la misma casa...

ADELAIDA SIGUE LIMPIANDO, REVISA EL CENICERO, HUELE LOS RESTOS.
CARMEN SE MUEVE ENTRE LAS SÁBANAS, SE DESTAPA.

CARMEN:

Me muero de sed.

ADELAIDA:

Claro, si te bajaste la botella...

CARMEN:

¿Me puedes alcanzar el frasco de aspirinas, por favor? La cabeza me va a explotar...

ADELAIDA VA POR UN VASO DE AGUA Y LAS ASPIRINAS.
AL PASO SE TROPIEZA CON UN PERIÓDICO QUE LLAMA SU ATENCIÓN.
VA A LA CAMA, LE ENTREGA EL VASO DE AGUA Y LAS ASPIRINAS Y SE SIENTA PARA HOJEAR EL PERIÓDICO.

ADELAIDA:

Nada como leer las noticias para el dolor de cabeza, niña...

ADELAIDA PASA LAS PÁGINAS HASTA QUE SE DETIENE EN UNA.

ADELAIDA:

Ver el drama ajeno te amaina la queja.
(LEE) *La cifra oficial*, -que siempre miente-, *es de ¡11 niños y medio abusados por día en Venezuela!*
... como si un niño se pudiera picar por la mitad...

CARMEN, AÚN DEBAJO DE LAS SÁBANAS.

CARMEN:

Esa cifra es la suma de los restos, Adelaida. Después que te rompen, solo queda tratar de pegar los pedazos. Aunque no siempre se puede. Hay gente que queda hecha una mitad para siempre. Gente que también cuenta.

ADELAIDA:

Escucha esto:
(LEE) *en México, son 5.4 millones de niñas y niños, víctimas de abuso sexual al año.*
Sin ninguna protección ni defensa...

CARMEN:

Qué protección ni qué defensa puede haber si el daño sucede en la misma casa...

ADELAIDA:

(LEE) *6 de cada 10 violaciones, se producen en casa, a manos de un agresor familiar o cercano a la familia.*

ADELAIDA MIRA A CARMEN.
CARMEN APENAS DESCUBIERTA, LA MIRA.

ADELAIDA: (LEE)

Y *en España, 1 de cada 4 niñas y 1 de cada 7 niños, son abusados antes de cumplir 17 años. Eso equivale a más de 20.000 víctimas de abusos y explotación. 20% de la población española ha sufrido abusos sexuales en la infancia, y el 85% de los casos se producen dentro del ámbito intrafamiliar.*

CARMEN SE ACURRUCA EN POSICIÓN FETAL, DEBAJO DE LAS SÁBANAS.

CARMEN:

El mundo es enorme, pero todo el daño que sé, pasó dentro de mi casa. Vivía en mi casa, el mismo que me llevaba al colegio, que me compraba los juguetes...

ADELAIDA: (LEE)

Sólo un 15% de los casos de abuso sexual en la infancia son denunciados, por miedo, o por falta de herramientas emocionales del menor...

CARMEN SE DESTAPA PARCIALMENTE, SE INCORPORA.

CARMEN:

Si el monstruo es el mismo que me cuida y me protege, ¡la culpable debo ser yo! ¿No te parece? Y si te atreves a dudarlo y lo cuentas, a los adultos les es más fácil pensar que la niña inventa...

ADELAIDA: (LEE)

De ese 15%, sólo el 30% terminan en sentencia, porque el sistema judicial se convierte con frecuencia en encubridor del victimario. En Europa, Estados Unidos y Canadá, un 20% de los niños y niñas han sido abusados sexualmente. "Si fueran las víctimas de alguna enfermedad, estaríamos hablando de una pandemia"...

CARMEN SE SACUDE LAS SABANAS Y SE LEVANTA CON DISGUSTO.

ADELAIDA: (CONCLUYE REFIRIÉNDOSE AL ARTÍCULO, COMO EXCUSÁNDOSE)

...dice aquí una doctora norteamericana...

CARMEN:

Te pido que me dejes dormir, y lo que haces es mortificarme.

ADELAIDA:

¿Y quién vino anoche para acá?

CARMEN VA A BUSCAR LA JARRA DE AGUA.

CARMEN:

Nadie.

ADELAIDA:

¿Tú te tomaste toda la botella sola? Y lo que fumaste...

CARMEN:

No te pago para que opines.

ADELAIDA:

No es mi opinión. Son una, dos, tres, cinco, siete, diez, ¡quince!.... (CONTANDO LAS COLILLAS EN EL CENICERO) Los números no mienten. Mucho menos si están en el periódico.

CARMEN BEBE DE LA JARRA.

CARMEN:

Los números pueden mentir tanto como las palabras. Sobre todo si salen en el periódico.

CARMEN SE ECHA AGUA EN LA CABEZA.

ADELAIDA:

¡Pero uno no puede vivir sospechando que todo es mentira, mijita! Que hay intereses ocultos en cada cosa, ¡es demasiado tormento! Demasiada soledad, no creerle ¡ni a tu mamá!. Sin cable a tierra. Por eso todas esas casas tuyas están vacías.

CARMEN SE LE ACERCA CON RABIA.

CARMEN:

Cuando tú eres chiquita, no sabes, sigues las instrucciones. Te dejas llevar porque crees que te mereces todo el amor. Como todas las niñas, pues. Puedes sospechar, pero no tienes cómo saber dónde empieza a ser malo... hasta que dejas de ser niña justamente porque entiendes.

ADELAIDA TRAGA GRUESO.
SUCEDE UN SILENCIO.
ADELAIDA SE ARMA DE LOS UTENSILIOS DE LIMPIEZA. SUSPIRA, SÚBITAMENTE TOMADA POR SUS RECUERDOS TRISTES.

ADELAIDA:

Yo también entendí tarde, cuando el daño ya estaba hecho. Me dijo que no necesitábamos a nadie más, que nos bastábamos los dos. Y yo que lo amaba más allá de mi entendimiento... no lo podía perder. Le creí. Estaba dispuesta a todo...

CARMEN: (CRUEL)

Incluso a llenarte las manos de sangre. Por conservar al padre, mataste a tu hija... ¿para no tener rival?

ADELAIDA: (DEFENSIVA)

¡Tú no habías nacido, tú no eras nadie! Él lo era todo, tenía que hacer lo que fuera para conservar ese amor, ya llegaría el momento de los frutos... éramos muy jóvenes... fue un accidente.

CARMEN:

De todas maneras se fue y te dejó sola con tu egoísmo... y tu fruta muerta.

ADELAIDA SIN PENSARLO, LEVANTA SU MANO POR DARLE UNA CACHETADA A CARMEN. CARMEN LA DETIENE EN EL GESTO.

CARMEN:

¡Tú no eres mi mamá!

ADELAIDA:

Tú tampoco tienes derecho, muchachita.

CARMEN:

¿Entonces que carajo haces aquí? O tú crees que no me he dado cuenta de que lo que haces es buscar a tu hija muerta. Una hija que mataste. Yo no soy.

ADELAIDA:

Cierto: no eres. Nada.

CARMEN:

Por lo menos yo no maté a mi mamá. Es más, mi mamá no se murió.

ADELAIDA:

Ni es culpable. Tu mamá no tiene por qué haberse dado cuenta. Lo que pasa es que te gusta la comodidad de echarle la culpa. Pero conmigo no cuentes, yo tengo la conciencia tranquila.

CARMEN:

Entonces ¿por qué estás sola?

ADELAIDA:

Porque da igual: aun teniendo hijas, al final te quedas sola. Y es verdad, la culpa es de las madres que ponen todo su empeño en hacer que sus hijas sean independientes. Y el gran logro, es que la hija aprendida, se va sin dar las gracias... Los hijos duelen desde que nacen... o mueren... son hijos para siempre. Eso no se acaba nunca.

CARMEN:

Claro. Cuando la madre es tan independiente que ni se ocupa, a la niña no le queda otro remedio que seguir el ejemplo y resolverse sola.

ADELAIDA:

No es así que funciona. La madre pierde la libertad que le da a la hija.

CARMEN:

No sé... no es convincente, Adelaida. Tú puedes hacerlo mejor.

ADELAIDA:

La madre compromete su independencia, en el esmero de hacer a su hija independiente. Eso termina por hacerla dependiente de la hija. ¿Entiendes? Hasta que, *adiós, me voy, libre al fin, sé volar*... y ni una llamada.

CARMEN:

Que pesada te pones con lo del nido vacío. Hay muchas hijas que cuidan a sus madres y madres que...

ADELAIDA:

¿Por qué tú crees que hay esas hijas que llaman a sus madres todos los días?

CARMEN:

Porque se quieren.

ADELAIDA:

Porque no se sostienen. Generalmente hay una herencia pendiente. El interés económico explica muchas cosas en esta vida, mi amor. Y yo como no tengo ni trabajo, nadie me busca ni pa'tomarse un café.

CARMEN:

¿Acaso este no es un trabajo?

ADELAIDA:

Pues sí, no puedo decirte nada que tú no contraríes, y eso es un trabajo a tiempo completo.

CARMEN:

Cada persona es una contrariedad... a menos que se deje… Y yo ya no me entrego.

ADELAIDA:

Tú no te rindes. Solo ves el lado malo de las cosas. Estás demasiado amargada para tu edad.

ADELAIDA ENCIENDE EL RADIO, SUENA UNA MÚSICA GUAPACHOSA.

ADELAIDA:

Yo no. Yo soy optimista. Creo en la gente, en el amor...

CARMEN:

¿Sabes qué? ... No quiero que vengas más.

CARMEN APAGA LA MÚSICA.

ADELAIDA:

¿Por qué?

CARMEN:

Porque no te necesito.

ADELAIDA:

Ah, pero cuando me necesitabas siempre estuve.

CARMEN:

Te sobrestimé. Creí que teníamos dos vacíos que eran complementarios. Pero me equivoqué. Eres insensible.

ADELAIDA:

¡Pero si lo único que he hecho es escucharte!

CARMEN:

No sabes escuchar sin sacar conclusiones. O sin sacar la cuenta, que es lo que tú sabes hacer. Pero no siempre dos más dos es cuatro.

ADELAIDA:

Claro que es más complicado. Yo creo que te ayudo, y tú me usas hasta que ya no te entretengo más. Eres insaciable. Necesitas carne fresca, porque al cabo de un rato sabes que nadie te compra la historia de la pobre niña abusada que necesita cariño porque su mamá no la defendió y...

CARMEN:

¡Respeta mis confidencias!

ADELAIDA:

Respeta tú mi cariño, ¡joder!

CARMEN:

Solo quiero que te vayas y no vuelvas más.

ADELAIDA:

Ahora no me puedes tirar como un trapo viejo.

CARMEN:

Vieja estás.

ADELAIDA:

¿Y eso te hace sentir más joven? ¿Decirme vieja?

CARMEN:

Nadie tiene la culpa de envejecer, pero tampoco lo puedes esconder, ¡*son números y los números no mienten*! ¿No son 73 años cumplidos y vividos?

ADELAIDA:

Lo que quieres es que me sienta inútil. Pero eso sí es inútil, ¿sabes?. Inútil. Es inútil. ¡Eres una inútil! Si no vengo más, te vas a hundir en tus deshechos.

CARMEN:

Yo no deshago, yo hago, creo, pinto las casas que somos.

ADELAIDA:

Todas tus casas son un mismo grito. Tu casa rota. No te interesan los demás.

CARMEN:

¡Mira quien habla!

ADELAIDA:

Págame doble porque es un despido.

CARMEN:

No seas hipócrita, tú te querías ir.

ADELAIDA:

Te equivocas. Cuando te veo sola, pienso que tu soledad es un fracaso. No es independencia porque es obligada, no tienes alternativa... y me quedo.

CARMEN:

Porque tú estás más sola que yo.

ADELAIDA:

Y si te haces la que no necesitas a nadie, es por miedo a los demás.

CARMEN:

No me subestimes. Puedo tener los amantes que quiera cuando quiera.

ADELAIDA:

Eso pensaba yo. Y tuve muchos amores. Me divertí mucho amando y siendo amada... Y no me di cuenta... o, mejor dicho, no saqué la cuenta. Del tiempo que se suma en desganos, y aquieta el deseo animal, que es lo que te permite el apareo sin pensar.

Y mientras más vieja, más empinada parece la cuesta...

Si no construyes el amor a partir del deseo primero que obliga la voluntad, después es muy difícil hacerlo sin la ayuda de las carnes. ¡Avíspate es lo que es!

CARMEN LA MIRA CON VELADA INQUIETUD.

ADELAIDA:

De todos los consejos que te he podido dar, este es el más valioso: ocúpate del presente que es ahora, porque no eres eterna. No te dejes envejecer sola, entretenida como estás en repartir las culpas del pasado, que si lo que mi papá me hizo, pero me quiso, o porque mi mamá no estaba, no dijo nada ¿o es verdad que no se dio cuenta?... ¿Qué coño importa ya?

CARMEN:

Entonces, ¿por qué insistes en que vaya a un psicoanalista?

ADELAIDA:

Porque estás presa, dando vueltas alrededor de un mismo tema, como un sol que no irradia, en rotación sobre tu eje. El mismo desde que eras chiquita. Instalada en el abandono de tu infancia, en el miedo que te da exponerte a ser abandonada de nuevo... ¡Tienes que salir de allí, pensar en otro futuro, mija!

CARMEN:

... si no puedo con mi presente, ¿qué futuro? Tú menos. ¿Qué puedes esperar? A ti te queda menos.

ADELAIDA:

No te confíes en tus treinta y tantos, tampoco. Ahora el tiempo transcurre a otra velocidad. El futuro ya no queda tan lejos. No me digas que no lo has

escuchado. El sonido de las películas futuristas, ya está aquí, sucede en tu calle, ¿has oído cómo suenan los carros eléctricos cuando pasan atravesándote el presente? Como un suspiro macabro que viene sin tiempo, de no se sabe dónde y ¿a dónde?, tampoco se sabe. Y cuando te volteas, ¡ya no está! No te da tiempo de pensarlo.
Así va la vida. Cuando te volteas, ya no está. Esa es la angustia. Por eso la gente se refugia en los teléfonos, en ese engaño de una realidad que entienden y controlan, pero que no existe.

CARMEN:

O lo contrario, porque por eso es que yo no uso el teléfono. Me da ansiedad.

ADELAIDA:

Por eso no viste el último desfile de Balenciaga.

CARMEN:

¿Balenciaga...? ...no... me desconciertas...

ADELAIDA BUSCA SU TELÉFONO Y LE MUESTRA IMÁGENES DEL DESFILE A CARMEN.

ADELAIDA:

¿Qué ves?

CARMEN:

Unos vestidos que yo no me pondría ni regalados.

ADELAIDA:

No es acerca de ti. Mira a la gente. Los que desfilan...

CARMEN:

Son todos como... raros...

ADELAIDA:

Lo raro es lo normal que somos ahora.

ADELAIDA VA PASANDO LAS FOTOS QUE COMENTA, UNA A UNA.

ADELAIDA:

Tristes, cansados, descreídos... así andamos, sin motivo o sin destino... la mirada de vidrio, ojos que no ven, corazón que no siente... ausentes del presente, sin futuro... el rictus desconfiado... la cicatriz a la vista... y los trajes de otra talla... los zapatos de payaso... envueltos en logos, la marca los clasifica, les pone precio. (APAGA EL TELÉFONO)
Ese es el presente que es el futuro que estamos viviendo ahora. ¿Te das cuenta?

CARMEN:

¿A dónde quieres llegar con toda esta historia del futuro? ¿Qué tiene todo esto que ver con tu hija?

ADELAIDA:

Que no te puedes refugiar en el pasado, porque no hay futuro, sino en el presente. No tienes tiempo, no hay respuestas que buscar atrás. Solo nos queda sobrevivir con lo que terminamos siendo. No hay más nada. Después, es la muerte.

CARMEN:

¿Y tú optimismo?

ADELAIDA:

Si tú no tuviste el padre ni la madre que quisiste, yo tampoco tengo la hija. Por eso tengo que buscar las explicaciones en otra parte. No en lo que quise y no fue. Porque lo que quiero no está en el futuro, sino ahora. Freud no tenía razón.

CARMEN:

Entiendo que sientas esa urgencia. Digo, a tu edad. Pero a mi edad...

ADELAIDA:

No entiendes nada. No quieres entender.

CARMEN:

Sé que no me quiero quedar donde estaba... o donde estoy. Pero tú tampoco sabes a dónde quieres llegar.

ADELAIDA:

No quiero llegar. Simplemente me voy. Para siempre.

CARMEN:

Ah, si... ahora que estás viva, ¿te quieres morir?

ADELAIDA:

Ni que quisieras me voy a morir por eso. Simplemente no quiero vivir mi vida en otra vida. No quiero seguir en la tuya.

CARMEN:

Entonces es una renuncia. No te pago doble.

ADELAIDA:

He sido tu interlocutora incondicional, pero contigo no hay diálogo posible. Por eso aquí los fantasmas hacen de las suyas. Los muertos y los vivos.

CARMEN:

Pero ¿qué dices? Siempre te he dicho lo que pienso. Y es así que me clasificas: que si no salgo del mismo tema, que si ando repartiendo culpas... ¡Con todo derecho! Cada quien escoge sus importancias.

ADELAIDA:

Lo que pasa es que los pensamientos obsesivos te distorsionan la realidad. Y te hacen darle importancia a gentes y cosas que no la tienen. Entonces, si aceptas que la importancia la pones tú, también puedes entender que, si lo decides, te puedes liberar de esas importancias. O asumir las consecuencias...

CARMEN:

¿Ah sí? ¿Cómo? ¿Con un psicoanalista... haciendo yoga... meditando en la naturaleza? ¡No me jodas!

ADELAIDA:

Hay una sola manera. Con amor, aunque te suene cursi. El amor no es nunca cursi.

CARMEN:

¡Ay, no! No puedo contigo cuando te pones positiva *New Age*. Ya es mucho. Déjalo así.

ADELAIDA:

No te dejas querer por miedo a que no te quieran. Y por eso tampoco quieres. ¿Qué pasó con el tipo que vino anoche?

CARMEN:

No vino ningún tipo. No estoy pendiente de que un tipo me arregle la vida.

ADELAIDA:

No te creo que te hayas tomado la botella sola.

CARMEN:

Nunca estoy sola.

ADELAIDA:

Cierto. Siempre estás rodeada de fantasmas. Pero ya no eres una niña, para el miedo que te das. ¿Cómo puedes contentarte con echarle la culpa a tu papá y a tu mamá? ¿Para qué insistes en la casa rota? ¡No te dejas vivir! ¡Pinta otra cosa!

CARMEN:

Esto sí es verdad que no te lo voy a aceptar. ¿Cómo te atreves a decirme lo que tengo que pintar? Opinas demasiado para lo poco que sabes. Es culpa mía, tienes razón, te he dado una importancia que no tienes, eres inculta y te pago demasiado.

ADELAIDA:

Pues ya no trabajo más aquí. Vas a tener que limpiar tu propia mierda a ver si eso te cura la porquería de vida "culta" que te das. No necesito tus reales.

ADELAIDA SE QUITA EL DELANTAL, LOS UTENSILIOS DE LIMPIEZA TIRADOS A UN LADO, TOMA SU CARTERA Y COSAS PERSONALES Y SALE DANDO UN PORTAZO.
CARMEN QUEDA TEMBLANDO.
ABRE LA PUERTA CON ALGUNA INTENCIÓN DE IR TRAS ADELAIDA, PERO SE DETIENE EN EL GESTO.
VUELVE Y SACA DE SU CARTERA UNA BOTELLA DE RON NUEVA. LA ABRE. BEBE.

CARMEN:

Pues mejor así. Porque no sirve pagar para que te escuchen, ni pagar para que te acompañen. Nada de eso cura el cariño herido. Por eso no voy al psicoanalista. Por eso (GRITA ENFURECIDA) ¡Estás despedida!

CARMEN BEBE.
BLACK OUT.

ESCENA 4

ADELAIDA LE ENTREGA UN MANOJO DE LLAVES A CARMEN. CARMEN TOMA LAS MANOS DE CARMEN Y DEPOSITA LAS LLAVES DE VUELTA EN SUS MANOS.

ADELAIDA:

No, Carmen. Ya te lo he dicho, no quiero jugar más.

CARMEN:

No entiendo por qué. ¿Qué fue lo que pasó que fuera distinto a lo de siempre?

ADELAIDA:

Justamente, nada. Por eso, es mejor que cada quien limpie sus sucios.

CARMEN:

Pero podemos vernos, aunque sea de vez en cuando...

ADELAIDA:
He trabajado toda mi vida para por lo menos, darme ahora el gusto del Caribe sin que nadie me encuentre.

CARMEN:
¿Cómo? ¿Te vas al Caribe? ¿Sola?

ADELAIDA:
Dicen que en el Caribe nadie está solo.

CARMEN:
Pero ¿y yo? ¿Tu hija?

ADELAIDA:
Quiero que las flores me las den en vida, no después de muerta.

CARMEN:
¿No me digas que estás buscando novio?... (SÚBITAMENTE PREOCUPADA) ¿O es que acaso tienes alguna enfermedad grave? Dime la verdad.

ADELAIDA:
Lo que tengo son unas ganas enormes de disfrutar de la vida que me queda. De la alegría que da el buen clima, y aquí es muy difícil encontrar novio...

CARMEN:
Un novio que te regale flores... ¡tú sí eres cómica!

ADELAIDA:
¿Por qué no? ... tú también deberías buscarte un novio... o una novia, ahora que todo se vale...

CARMEN:
Si ni yo puedo conmigo...

ADELAIDA:
¿Y qué ganarías con averiguar que tu mamá no se murió, sino que inventó su muerte para escapar de su vida?

CARMEN:
¡No!!!! Su vida sigue. Ella escapó de **MI** vida. No es una sospecha, ¡yo la vi! en la sala de espera de un vuelo de Delta en JFK. Puerta 86, vuelo D345, con destino a Chicago.

ADELAIDA:
Y ¿por qué no la abordaste? O mejor dicho, ¿por qué no abordaste el mismo avión a Chicago?

CARMEN:
Porque ella lo negó. Lo negó todo. **ME** negó. Y no puedo entender ¿por qué mi mamá se escapó de mí?

ADELAIDA:
Yo no te lo puedo explicar, ni puedo ser tu mamá, ni a sueldo. Es un rol que no lo puede reemplazar ni la mejor madrastra. Estamos perdidas.

CARMEN:
Pero si lo estabas haciendo muy bien...

ADELAIDA:
Tú tampoco puedes ser mi hija.

CARMEN:
¡No me hagas esto! No me abandones, te lo ruego.

ADELAIDA:

No soy yo. No te hago falta. Da lo mismo. Ya encontrarás a otra que se parezca.

CARMEN:

No puedes sobreestimar la fortaleza del otro, sólo porque te conviene.

ADELAIDA:

La fuerza está en ti.

CARMEN:

¡Ay, por Dios! ¡No me vengas con esa guerra de las galaxias!

ADELAIDA:

Solo tú puedes decidir que no hay enfermedad, eres la enferma. No me necesitas, al contrario, yo no te sirvo sino de círculo vicioso.

ADELAIDA SE LEVANTA INCLEMENTE. CARMEN HACE UN ÚLTIMO INTENTO, LE TOMA LAS MANOS POR RETENERLA.

CARMEN:

Lo que pasa es que cuando pierdes a tu mamá, es un antes y un después. Cambias de posición en el tiempo. Adquieres una soledad distinta. Porque te quedas sin esa protección que de solo saberla, te daba remedio. De un día para otro, te encuentras sin asidero, ni refugio donde volver. Con una certeza del fin, que te roba el infinito irresponsable.

ADELAIDA:

Nada del otro mundo. Todos tenemos una madre. Es una condena. Y todo el mundo sabe que en esta vida nada es eterno.

CARMEN:

Pero nadie está preparado para la muerte de la madre. Mucho menos intencional. ¿Cómo es que mi mamá me quitó el candor de su amparo a conciencia?

Será que como tú perdiste a tu mamá tan pequeña, no lo entiendes, y por eso puedes ser tan egoísta.

ADELAIDA:

Es cuestión de tiempo. Es natural que el pasado quede atrás. Todo mi pasado está muerto, y está bien. Pero cuando es el futuro, que queda adelante, lo que se pierde, te pierdes tú. Yo perdí a mi hija y perdí la ilusión de continuidad, la única posibilidad de ponerle coto a la muerte. Una posibilidad que tú todavía tienes. A mí no me queda sino un viaje al Caribe.

CARMEN:

Por favor, no te vayas... no lo voy a soportar...

ADELAIDA:

Lo siento, Carmen, pero no es verdad que estas dos soledades que somos se puedan acompañar.

CARMEN:

¿Cómo puedes decirme eso? Después de todo lo que hemos vivido.

ADELAIDA:

Porque ya yo estoy en la edad del cansancio. Me toca irme pronto. No tengo tiempo que perder.

ADELAIDA HACE EL AMAGO DE RECOGER LAS TAZAS. CARMEN LA DETIENE CON UN GESTO.

ADELAIDA:

Gracias por el café.

CARMEN: (RUEGA)

Es que no sé cómo voy a hacer...

ADELAIDA SUSPIRA Y NIEGA EN SEÑAL DE INCRÉDULA DESAPROBACIÓN.
SE ALEJA.
CARMEN LA VE ALEJARSE CON TRISTEZA. DE PRONTO DECIDE APROXIMARSE, RÁPIDA.

CARMEN:

Siento una desolación…
No es tristeza. Es inconformidad.

ADELAIDA:

Carmen, por favor...

CARMEN:

No, no. No me voy a regodear en eso, yo sé que no tiene remedio.

PAUSA. LA MIRA. DECIDE LA ESTOCADA FINAL.

CARMEN:

Tampoco pienses que este vacío que siento es porque anticipo tu ausencia.

ADELAIDA:

No lo pienso, no alcanzo a tanto.

CARMEN:

Es el mismo vacío que siente todo el mundo. Tú sabes a qué me refiero. Puedes engañar el rato con la compañía de otro, hacerte la loca, pero la sentencia de no poder volver a casa, más nunca, la vives sola. El destierro del pasado que no regresa, es una condena. Y me imagino que tu destierro es peor.

ADELAIDA:

¿A cuenta de qué?

CARMEN:

Bueno, porque estás más lejos de los recuerdos que olvidas, y porque has acumulado más pasado que añoras.

ADELAIDA:

Es un lugar común, más tonto que verdad, pensar que todo pasado fue mejor...

CARMEN:

No es tonto, ¡es verdad! ¿Y sabes por qué? Porque el futuro nunca se parece a lo que imaginamos. Para bien o para mal, no importa. El futuro nunca cumple. Es siempre un desconcierto.

ADELAIDA:

Ay, Carmen, eres demasiado joven para tener la esperanza tan cansada. Todo lo dices como si estuviera escrito. Pero no te creo, ni que hables con sentencias. Son cosas que no puedes saber.

CARMEN:

Es verdad que la desesperanza crece con los años. Lo veo en ti: mientras más vida vivida, más te acercas al borde. Por eso los límites, ¿no tienes tus límites cada vez más claros? Bueno, es porque tu círculo se ha ido cerrando. Eso te vuelve descreída. Cuando te acorrala la certeza de la muerte, ¿qué más? te vas para el Caribe, como cualquiera que aun imagina... Es eso, ¿verdad? Sabes que no hay manera de volver a casa y apuestas por la fuga hacia adelante.

ADELAIDA:

Pero... ¿de qué casa me estás hablando? ¿Cuál de todas las casas donde has vivido, es tu casa? ¿Tu casa de niña, tal vez, la de mamá y papá? ¿La casa donde jugabas a ser feliz... o fuiste feliz? ¿La casa donde pusiste el pote de la sal y el azúcar donde te dio la gana? ¿Esa casa donde crecieron tus hijos? ¿O la casa sin hijos, la casa que quisieras pero no puedes, o la que nunca...?

CARMEN: (LA INTERRUMPE)

¿Te das cuenta? Todas son casas que se rompen, casas rotas por el desengaño del tiempo que pasa y no regresa... ni el tiempo, ni la ilusión, ni la gente...

ADELAIDA:

Exactamente. Yo me voy y no regreso.

ADELAIDA SE ALEJA.
CARMEN QUEDA EN BLANCO. DE PRONTO IDENTIFICA A UNA SEÑORA EN EL PÚBLICO QUE LLAMA SU ATENCIÓN. SE ACERCA A ELLA.
ADELAIDA, A PUNTO DE SALIR, LA OBSERVA A LA DISTANCIA.

CARMEN:

¿Herminia? Ay, disculpe, si no es Herminia, se parece muchísimo. Hay gente que piensa que todo el mundo tiene un doble en esta vida. Seguramente ha oído hablar de eso. Es que si usted no es Herminia, definitivamente es su doble. Herminia se llamaba mi mamá. Y yo quería ser bailarina. Cosas del pasado demasiado común y corriente para la importancia que tiene este momento. El presente, hay que vivir el presente, porque el futuro sucede en el presente, como decía Adelaida García, una amiga mía que quiero mucho.

CARMEN LE EXTIENDE LA MANO A LA SEÑORA DEL PÚBLICO.

CARMEN:

Mucho gusto, me llamo Carmen Arias, soy pintora. Y no creo en el azar. Por eso no quiero dejar pasar la oportunidad que nos ofrece este encuentro. Yo siempre vengo a este café porque mi estudio queda ahí enfrente, pero nunca la había visto. ¿Es nueva en el barrio? ¿Le interesa el arte? Si tiene tiempo, yo encantada de mostrarle mi trabajo. Para que vea todo lo que he estado haciendo en estos años. ¡No, no me diga! Yo sé que usted es una mujer muy sensible, salta a la vista. Usted no se anda con rodeos. Es chocolate o vainilla, y si le dan a escoger, ¡pues chocolate! ¿O me equivoco?

ADELAIDA MIRA A CARMEN CONMOVIDA.
BLACK OUT.

CODA

ESCENA 5 ÚNICA

LAMPARITA ENCENDIDA, CARMEN ESCRIBE UNA CARTA.

CARMEN: (DICE LO QUE ESCRIBE)

Querida mamá:

Me leí la carta que Hebe Uhart le escribió a su querida mamá, que es un cuento, y decidí escribir esta carta que no iba a escribir nunca, con lo que tengo, mis años de vida, acumulando, lo que te quiero decir, en esta carta que nunca escribí. Y como no te la puedo entregar, te la escribo, pues no necesito más valentía que esta.

Para empezar, está bien, lo reconozco: yo quería tener una mamá distinta. Pero tú siempre lo supiste, me encantaba la mamá de Gabriela Gámez, ¿te acuerdas de Gabriela? Mi mejor amiga de la sección C... A Gabriela le salieron las tetas mucho antes que a mí, pero siguió siendo mi amiga incondicional. Y eso que tuvo novio desde 6to. grado. Yo pensaba que era por rubia, pero ya no caigo en tintes, he madurado. Y la mamá de Gabriela, que era rubia también, como le correspondía a la mamá de Gabriela, era tan elegante y sensible. Tú nunca tenías tiempo. Yo sé. Es eso. Y la señora Gámez se la pasaba en el colegio.

Gabriela se suicidó, unos años después... Y la mamá, como si nada, hasta llegó a ministro con su corte Farrah Fawcett. Impresionante. No sé si llegaste a enterarte.

Lo que quiero contarte es que lo del arte terminó siendo en serio: imagínate que tengo mi primera exposición en Europa, mamá. Si vieras lo que pinto. He vendido varios cuadros. Y me gusta vender porque me pone a valer, a pesar de que no me encanta que se lleven mis cuadros para otras vidas. Y tú que ni siquiera los viste.

A que nunca te lo imaginaste... no creo que hayas tenido mucha fe en aquellos dibujos de peces bajo el agua que pintaba de niña. Y las casas... dos ventanas y una puerta, con barandita blanca a los lados, un árbol de manzanas, aunque en Venezuela no se dieran las manzanas, pajaritos en el cielo, y el sol con pocas nubes. Sigo pintando casas, mamá... la casa que quise, la que nunca fue, la casa que me duele, la casa que quiero... ¡casas pues! Las casas que he sido, las que soy.

Y ya no me como las uñas. Ni me paso el día en pijama, tenías razón, la pijama te afloja la voluntad. Si me vieras, ahora me pinto los labios así no vaya a salir en todo el día del estudio. Y tanto que te critiqué, que si por lo menos te pusieras un color más discreto, pero no, siempre roja tu boca... pensaba que lo que andabas era buscando novio. ¿Y mi papá? Yo quería una familia feliz... En el nombre del padre, la hija en el medio, y la madre inmaculada y santa. Tal vez por eso lo del novio... nunca me salió bien.

Hasta que no es cosa que se planea, aunque yo sé que a ti te gustaba planearlo todo. Pero a veces pasa por accidente, mamá, como un corto circuito que ha podido terminar en incendio, con tanto papel y combustible acumulado

en el estudio. Hasta el pasillo estaba oscuro, así que tenía que ser un problema del edificio. Todavía no me gusta la oscuridad, pero no tenía a quién llamar, y tenía linterna. Nunca me había sentido tan dueña de mí misma, así que estaba dispuesta a electrocutarme, si no hubiera sido porque un ángel bajó las escaleras en ese momento y logró devolverme la luz. Ángel Cristóbal Sifontes, el vecino de arriba, y... el motivo de esta carta: estoy a un mes de dar a luz, mamá.

¿Qué te parece?... ¡Como me gustaría verte la cara...!

Después de todo lo que he dicho y peor lo que he callado, después de la vida canalla, los reclamos y la rabia. Ángel Cristóbal me dice Carmen Teresa, como solo tú me llamabas y yo que odiaba mi nombre compuesto. Ahora me encanta que él me nombre completa... Te lo tenía que decir, mamá. Que te quiero mucho... a pesar de lo mala.

BLACK OUT.

FIN.

Lupe Gehrenbeck

Paris Noviembre 2023/ caracas Enero 2024